

## CRÓNICA DE VITORIA

## Guerrilleros de la Independencia.

**A**NTE todo, fundamentaré un poco la aparición de este artículo y de algún otro que le seguirá sobre este tema de la Independencia Española, con algunas consideraciones.

Está fuera de duda que pasadas unas pocas semanas, quizá no muchos días, vendrá a Vitoria Don Alfonso XIII a la inauguración definitiva, oficialmente, del Monumento conmemorativo de la Batalla de Vitoria, 1813, que fué la dispersión del invasor ejército francés, en ocasión de poner la gran cruz de Beneficencia en el estandarte del regimiento de caballería que lleva el nombre del Rey, y le fué otorgada a éste por iniciativa de los alcaldes.

Y, sin más preámbulo, entro en materia.

Si el libro de la Historia es algo más —y sí lo es— que un volumen lujoso formado con mentiras bien urdidas, como asegura formalmente un fabricante de frases, amigo mío, hay que confesar que cuando deja el estilo de lección, para narrar episodios pintorescos, se hace aquel libro más tolerable en su lectura y hasta ameno y entretenido.

Viene esto a cuento de varios sucedidos variados y animados que se relacionan con los valientes guerrilleros de la Independencia española, de los que no será la vez última que me ocuparé.

Comenzaré por el primer guerrillero que se distinguió en muy primera línea por sus hazañas y por ser él también el primero que salió a campaña, por *El Empecinado*, D. Juan Martín Díaz, quien viendo pasar por Aranda a Fernando VII para ir a esperar a Napoleón, dijo:

—«Este va a Francia y no vuelve hasta que nosotros lo saquemos de allí».

Un eminente literato portugués, Oliveira Martins, escribe en su «Historia de la Civilización Ibérica», hablando de la terrible lucha de guerrillas: «La guerra tomó un carácter primitivo y los aguerridos batallones imperiales retrocedían medrosos ante esas terribles guerrillas, que hacían de cada roca un baluarte, de cada angustura una celada, de los pozos sepulcros y de las calles cementerios.» Y el autor de este libro, en una de sus composiciones rimadas (*Coplas Callejeras*), ha hecho este retrato de *El Empecinado*, como personificación de todos los guerrilleros que lucharon contra las huestes de Bonaparte:

Como fantasma cruel  
ante el galo se aparece:  
vencido se desvanece;  
vencedor, se ceba en él.

Espíritu vengador  
de la nación ultrajada,  
el patriotismo en su espada  
da centellas de furor.

*El Empecinado* debió quizá este remoquete tal vez porque fué zapatero en su juventud, y era natural de Castillo de Duero, donde nació el año de 1775. Llegó a general y cayó en desgracia del Rey por sus opiniones liberales; se adhirió al movimiento de 1820 y fué víctima de la reacción de 1823, siendo ahorcado en Roa.

A la altura de *El Empecinado* figuraba Mina, estudiante de veinte años de edad, que tomó las armas en Zaragoza y levantó en Navarra una partida que fué engrosando con sus hazañas; su primer acto fué, apenas se constituyó en jefe de la guerrilla, es decir, en el período de su formación, cuando no era de extrañar la tolerancia con los excesos, fué, digo, prender en Estella y fusilar con tres de sus cómplices a un cabecilla que, con la máscara de patriotismo, aprovechaba las circunstancias para cometer saqueos y satisfacer venganzas personales. Así las gastaba y las gastó siempre el bravo navarro D. Francisco Espoz y Mina, nacido en el pequeño pueblo de Idocín, de familia pobre, como casi todos los guerrilleros sus contemporáneos. Alcanzó la faja de general, pero habiéndose declarado enemigo del Gobierno absoluto de 1814, tuvo que emigrar a Francia, regresando en 1820 y volviendo a emigrar en 1823. En 1830 hizo una audaz tentativa a favor del régimen cons-

titucional, y en la guerra civil combatió rudamente a los carlistas, muriendo en el año de 1835.

Del guerrillero D. Julián Sánchez, *El Charro*, se cantaba la siguiente copla:

Cuando D. Julián Sánchez  
monta a caballo,  
exclaman los franceses:  
Ya viene el Diablo.

Entre éstos y otros muchos como éstos, tan patriotas y hazañosos como ellos, figuraban: en Alarcón, *Dos Pelos* (1) o sea D. Sebastián Fernández, *El Capuchino de Orbizo y Longa*; en Guipúzcoa, D. Gaspar Jáuregui, *El Pastor*; en Vizcaya, Aróstegui, con sus *bocamanteros*; en Cataluña, Lacy, Rovira, Clarós, Bojet y otros muchos; en Asturias, Porlier; en Castilla la Vieja, *El Cura Merino*, D. Jerónimo Merino, Saornil, Cuevillas, *Chaleco*, Gómez y Tapia; en otros puntos, Manso, *Romeu*, Palanca *El Médico*, D. Joaquín Pablo, *Chapalangarra*, D. Lucas Rafael, *El Fraile*, y tantos más, pues de todas las comarcas de la Península brotaban caudillos de huestes irregulares, que completaban la acción de las tropas regulares.

Los guerrilleros han sido siempre en España, desde la invasión romana, un elemento de defensa especialísimo; hijo de su suelo y de la índole peculiar de su raza, el terreno quebrado y desigual, con ásperas montañas y pequeños valles, brindan a una lucha defensiva, grandemente ventajosa; la altivez, la destreza, el valor, la frugalidad y sufrimiento que caracteriza al español, así como el apego al rincón en que nace, le disponen a este género de campaña, renovada contra los romanos, contra los godos, contra los árabes, que encontraron siempre generales improvisados, diestros en hacer renacer la esperanza y la guerra en el momento mismo de la derrota. No hay táctica que formule esa clase de campaña, sostenida por el instinto de conservación y conciencia pública, que empieza y acaba en el momento del peligro.

Un hombre generalmente oscuro, pero que inspira confianza por alguna cualidad de carácter, forma la guerrilla con gente diversa, patriota, perturbadora, desocupada, vagabunda o codiciosa, pero siempre valiente y atrevida. Aquellos hombres mal armados, mal vestidos y

(1) Se va a dar el nombre de *Dos Pelos* a una calle de esta Ciudad. *Dos Pelos* fué fusilado en Estella el 16 de Octubre de 1822, por los absolutistas.

equipados, sin almacenes ni bagajes y casi sin víveres, se arrojan confiados a las empresas más arriesgadas; el país los arma, los viste, los alimenta, los refuerza, los entera de la situación y estado del enemigo, teniéndose de su parte el poderoso y eficaz auxilio de los ancianos, los impedidos, las mujeres y los que no pueden asistir con ellos a los combates.

Los guerrilleros no tienen más táctica que su inspiración ni más ordenanza que la disciplina que logran establecer con su prestigio; ni las victorias los envanecen ni las derrotas los abaten; llenos de fe fanática en la idea del triunfo, hacen frente a los más crueles reveses con la frase sacramental de «no importa».

La historia de los guerrilleros españoles es la verdadera historia de la guerra y del principio de nuestra regeneración política; ella demuestra cómo se confundían en un solo sentimiento el amor a la patria y a la causa popular. El pueblo español, que al principio del siglo XVIII llamé «guerra de sucesión» a la que siguió a la venida de un príncipe francés, considerando la cuestión circunscripta a intereses personales y dinásticos, dió a esta otra el nombre con que será eternamente conocida de «Guerra de la Independencia».

La mejor prueba de cuál era el espíritu de la Nación, está en la conducta que observaron y hasta en el fin que tuvieron los verdaderos jefes, los ilustres guerrilleros. Prescindiendo de los pocos, y no más notables por cierto, que perteneciendo a las clases privilegiadas, no podían ser partidarios de las reformas contrarias a sus intereses o a sus preocupaciones, ¿quiénes podían personalizar al pueblo español como sus hijos predilectos, aquellos que llevaban su bandera, capitaneaban sus huestes y hallaban en todas partes quien les sirviera y ayudase con sus bienes y personas? ¿Quién representaba el espíritu popular de aquel tiempo como los guerrilleros nombrados y otros sus iguales, tan denodados que no sólo se declararon desde luego en favor de la causa del pueblo, sino que exceptuando alguno que otro que sobrevivieron a sus persecuciones y a sus emigraciones, perdieron por la causa popular la vida que las balas enemigas habían perdonado?

Éstos y otros muchos como éstos, tan patriotas y hazañosos como ellos, salvaron a España de su ruina, evitando la pérdida de la independencia española y que nuestra Nación fuera una colonia francesa gobernada por Bonaparte.

Pero de aquellas negruras surgió la nación, dando de sí, en pocos

meses a Quintana, a Llorente, a Lista, a Gallardo y a tantos otros, y formara a Muñoz Torrero, a Argüelles, a Villanueva, a Toreno, a Calatrava, a Capmaní, a Antillón; los unos que empezaban a descorrer la cortina con que se había ocultado el despotismo; los otros que lo denunciaban con energía; los demás, en fin, que iban a hacerlo pedazos y a salvar a la vez la independencia y la libertad de España.

Y corrientes de nuevas ideas que pasaban por cima de los Pirineos, invadiendo la Península, encontraban simpatías y hacían prosélitos en las clases ilustradas, sin abdicar éstas de su patriótico españolismo.

Ahí tiene mi amigo, el distinguido y estafalarío fabricante de frases, de que hablé al principio, una base cierta para el estudio de la Historia que lleve a su inteligencia neurasténica el convencimiento de que el Libro de la Historia es algo más que un lujoso volumen de mentiras bien urdidas. Dé un repaso a Balines y verá que el estudio de la Historia es no sólo útil, sino también necesario. Los más escépticos no le descuidan; porque aunque no lo admitiesen como propio para conocer la verdad, al menos no lo desdeñarían como indispensable ornamento. Además, que la duda llevada a su mayor exageración no puede destruir un número considerable de hechos, que es preciso dar por ciertos si no queremos luchar con el sentido común.

Así, uno de los primeros cuidados que debe tenerse en esta clase de estudios, es distinguir lo que hay en ellos de absolutamente cierto. De esta manera se encomienda a la memoria lo que no admite sombra de duda y queda luego desembarazado el lector para andar clasificando lo que no llega a tan alto grado de certeza, o es solamente probable, o tiene muchos visos de falso.

Es un procedimiento infalible, que recomiendo al tantas veces aludido y humorístico fabricante de frases.

JOSÉ COLÁ Y GOITI